
Estudiar el mundo antillano

Studying the Caribbean World

Étudier le monde caribéen

Silvio Torres-Saillant*

Resumen

El autor repasa aspectos fundamentales que repercutieron en la conformación actual del Caribe. En primer lugar, visualiza su geografía como un territorio de intercambios humanos y como un lienzo donde sismos y huracanes han dejado sus rastros. Luego, se detiene a reflexionar sobre su transformación como “frontera imperial” y los consiguientes efectos económicos, políticos y culturales de la dominación europea. Pluralidad de lenguas, de grupos étnicos, de formas de dominación, pero también de movimientos orientados a la liberación han hecho del Caribe un espacio con una diversidad compleja. Como conclusión, Torres-Saillant exhorta a sacar de la región, con humildad intelectual, esas posibles lecciones para un mundo contemporáneo que está siendo seducido y abusado por el poder de fuerzas homogeneizadoras.

Palabras claves: Antillas, Caribe, dominación imperial, Europa, diversidad cultural, lenguaje.

Abstract

The author reviews fundamental aspects that had an impact on the current conformation of the Caribbean. First of all, he visualizes its geography as a territory of human exchanges and as a canvas where earthquakes and hurricanes have left their traces. Then, he reflects on his transformation as an “imperial frontier”, considering the economic, political and cultural effects of European domination. Plurality of languages, ethnic groups, forms of domination, but also of liberation-oriented movements have made the Caribbean a space with a complex diversity. In conclusion, Torres-Saillant urges to draw from the region, with intellectual humility, those possible

* Docente e investigador dominicano. Ejerce labores de docencia e investigación en Syracuse University, EE.UU. Fundador del Centro de Estudios Dominicanos en la City University of New York, EE.UU.

lessons for a contemporary world that is being seduced and abused by the power of homogenizing forces.

Keywords: Antilles, Caribbean, imperial domination, Europe, cultural diversity, language

Résumé

L'auteur passe en revue les aspects fondamentaux qui ont eu un impact sur la conformation actuelle des Caraïbes. Il présente d'abord sa géographie comme un territoire d'échanges humains et une toile où les séismes et les ouragans ont laissé leurs traces. Ensuite, il réfléchit à sa transformation en "frontière impériale" et aux effets économiques, politiques et culturels de la domination européenne. La pluralité des langues, des groupes ethniques, des formes de domination, mais aussi des mouvements orientés vers la libération ont fait de la Caraïbe un espace à la diversité complexe. Pour conclure, Torres-Saillant insiste pour que soient tirés de la région, avec humilité intellectuelle, des leçons possibles pour un monde contemporain séduit et exploité par le pouvoir des forces d'homogénéisation.

Mots-clés: Antilles, Caraïbes, domination impériale, Europe, diversité culturelle, langue

El nombre y el misterio

La voz narrativa en *A Caribbean Mystery* (*Misterio en el Caribe*), la novela de Agatha Christie publicada en 1964, se refiere al escenario antillano de la trama como un lugar donde "nunca pasa nada". Dicho de paso, ese comentario presupone la existencia de un cuerpo de opiniones acerca de la región al cual la autora puede apelar confiada en su familiaridad para los lectores. La percepción de ese lugar, adonde Miss Marple ha ido de vacaciones para recuperarse de una neumonía, como un sitio peculiar donde la realidad exhibe una estructura extraña sin duda contribuye a la tensión dramática del relato en el cual la octogenaria detective investiga el asesinato del mayor Palgrave. A finales de 1936, intrigado por la peculiaridad zoológica del Caribe, Ivan T. Sanderson fue allí para investigar la fauna de la región, concentrándose en Trinidad, Curazao, Haití y Surinam. Como observador favorable a toda el área y cautivado por todas las formas que allí toma la vida, el zoólogo Sanderson narró su expedición para beneficio de sus lectores en el mundo exterior con un enorme entusiasmo, comenzando con la evocación del cazador que le sirvió de guía en Trinidad: "Vernon Dixon Capriata, de ascendencia inglesa, francesa, española, negra y, estoy seguro, en parte caribe. Puedo asegurar que su personalidad irradiaba las mejores cualidades de cada

una de ellas” (Sanderson, 1965, p. 14). Como relata su detallada narración sobre la riqueza y variedad de la naturaleza de la región, Sanderson refleja la conciencia de estar hablando sobre un mundo de misterio. Al relatar la *historia animalium* de este mundo de misterio, el autor ni siquiera asume que sus lectores sepan el nombre geográfico de la región. Por consiguiente explica:

La palabra ‘Caribe’ está cargada de tanta complejidad como la palabra ‘jungla’. Tiene diferentes significados para mucha gente. Las tierras caribeñas son propiamente los países de los indios caribes, cuyo hogar originalmente era las Guyanas, de donde se extendieron a Trinidad y a la mayoría de las Antillas. Hoy en día, el Caribe se ha convertido en sinónimo de Antillas, a las que ni las Guyanas ni Trinidad pertenecen propiamente, aunque ambas estén incluidas como provincias inglesas, holandesas y francesas de las Indias Occidentales (pp. 17-18).

El autor basa su explicación en una percepción subjetiva al indicar que el “Caribe” le pareció la única palabra adecuada para describir la zona de su viaje, enfatizando su predilección al destacar la “inmensa belleza y significado” del vocablo (p. 18). No obstante su afecto genuino por el Caribe, Sanderson, en tanto que visitante británico escribiendo para lectores occidentales, contribuyó al aura de misterio que se le atribuye a la región al tratar su nombre como asunto de preferencia, en vez de un simple dato cartográfico que uno sencillamente averigua igual como lo haría con los Balcanes o los Cárpatos.

Pero el Caribe, al cual en estas páginas también llamaremos indistintamente Antillas, tiene una geografía determinada. Consiste en un archipiélago que emerge del golfo de México y las regiones costeras de Sudamérica. Federico Mayor, exdirector general de la UNESCO, incluye en su definición:

De Colombia a las Guyanas y las zonas ribereñas de Centroamérica, en la medida en que en esas partes de tierra firme eran los hogares de gente de vez en cuando involucrada en actividades que vinculaban sus vidas a las de la gente de las islas (2003, p. vi).

A pesar de abarcar una geografía más amplia, la demarcación de Mayor se asemeja a la “tercera” de las definiciones esbozadas por el antropólogo venezolano Andrés Serbin debido al énfasis regional, los elementos etno-históricos comunes y las aspiraciones compartidas, aunque no hay necesariamente que aceptar la formulación de lo que Serbin descalifica

como “un persistente prejuicio afro-antillano” (Serbin, 1990, pp.7-8). El Caribe se constituye de territorios isleños y continentales que están ecológica, geológica e históricamente relacionados.

El ambiente físico

Examinando las complejas flora y fauna que recibieron a los primeros pobladores del Caribe, el geógrafo puertorriqueño Francisco Watlington aduce evidencias paleográficas y arqueológicas que proporcionan un amplio panorama acerca del ambiente físico en la prehistoria de la región. Si bien se enfoca en las Antillas Mayores como la base de su indagación, su trabajo revela a toda la región del Caribe como el centro de diversas “teleconexiones” geográficas “entre las islas circundantes y territorios continentales, así como con otras regiones cercanas y lejanas” (Watlington, 2003, p. 30). Al mencionar los “nexos botánicos” el autor destaca:

La original flora pre-humana de las Antillas Mayores acrecentada durante milenios por semillas advenedizas y otros propágulos esparcidos por pájaros, murciélagos, viento y corrientes oceánicas. La mayoría de las plantas vinieron de las regiones tropicales de Sudamérica y Centroamérica, pero un buen número llegó desde África y Norteamérica (p. 72).

Y el autor especula que “la traslocación por un huracán del virus mosaico del maíz y su insecto portador en las Antillas Mayores” haya podido ser “una razón importante para el colapso de la civilización clásica Maya” (p. 84). Al mostrar que el Caribe, como el resto del planeta, experimentó transformaciones físicas drásticas, en la medida en que “los ciclos climáticos acarreados por glaciación mediaron en cambios continuos del paisaje”, Watlington enfatiza “el clima altamente fluctuante” que caracterizó a la región durante el Pleistoceno:

Los inviernos de las tierras bajas fueron tan fríos como lo es ahora el cinturón solar en los Estados Unidos en la latitud 30°N. Las cadenas montañosas centrales de cada isla tenían temperaturas aun más bajas, decreciendo progresivamente de acuerdo a la altitud. Extensiones de tierra cubiertas de nieve, glaciares y páramos cubrían los picos y las cordilleras más altas (p. 72).

La reflexión sobre el ambiente físico y la forma en que la naturaleza se comporta en el Caribe recurre en la bibliografía sobre la vida de la re-

gión, inclusive en los escritos de científicos sociales y humanistas. Michel Devèze, historiador de la colonización francesa en las Américas, caracterizó la especificidad del mundo caribeño diciendo que: “El espacio antillano ha vivido su propia vida, así como el Mediterráneo Antillano alberga sus propios ciclones” (Devèze, 1977, p. 9). Igualmente, al evocar un trasfondo sociohistórico para la lectura de los textos del escritor haitiano Jacques Stephen Alexis y el novelista cubano Alejo Carpentier, la crítica literaria Michaelle Ascencio declara que los hombres y mujeres del Caribe han debido padecer males de índoles muy diferentes, una natural y la otra social, lo que ha causado gran ruina, miseria y destrucción: “huracanes y azúcar” (Ascencio, 1990, p. 117). La conciencia de que el Caribe encierra una cierta intensidad, en tanto que lugar material, posee manifestaciones ecológicas y telúricas que impactan ineludiblemente en la vida de la gente. Esto se trasluce en una breve historia antillana escrita por Oruno D. Lara, autor oriundo de Guadalupe, la cual comienza con una descripción del sustrato en que reposan la oceanografía y la geodinámica de la región. Lara informa que la orientación general de este a oeste de los movimientos atmosféricos en el trópico explica el papel decisivo que el océano Atlántico, el Mediterráneo y las dos masas continentales americanas juegan en el clima antillano:

El Atlántico tiene una característica pronunciada debido a sus dimensiones y a la temperatura de sus tibias aguas (20°C promedio) en la superficie. Los vientos a su vez pueden acelerarse a lo largo de una distancia mayor de 6000 kilómetros desde las Canarias hasta el Caribe (Lara, 2000, p. 23).

Como sitio de confluencia atmosférica en las latitudes tropicales, el Caribe se convierte cada año, de junio a noviembre, en un cauce para los huracanes relacionados con los cinturones tórridos del Ecuador (p. 24). Los ciclones que se originan en el Caribe, con vientos usualmente que han alcanzado las 200 millas por hora, velocidad que mantienen por varios minutos, devastan las islas, entran al golfo de México, se fortalecen en la península de Yucatán y en el golfo de Campeche, y entonces se dirigen hacia las costas de los Estados Unidos para ampliar su rastro destructivo (p. 25).

De regreso de su primer viaje en febrero de 1493, Cristóbal Colón sintió el azote violento de las olas de un huracán. Comparable incidente en mayo de 1609, en las cercanías de las Bermudas, causó el naufragio de George Sommers, un fundador de la colonia de Virginia, dándole a William Shakespeare ideas para hilvanar la trama de su última obra *The Tempest* (*La tempestad*), que data de 1610. Mareas tormentosas y millo-

nes de toneladas de agua inundaron las islas Tortugas en 1757. El “gran huracán de Guadalupe” estremeció la isla de igual nombre el 25 de julio de 1825. Puerto Rico sufrió una fortuna similar en 1899 y el ciclón de 1932 destruyó la ciudad de Santa Cruz del Sur en Cuba (Lara, 2000, pp. 26-27). Como estos contados ejemplos pretenden sugerir, los desastres ciclónicos constituyen una constante fuente de presión en la región caribeña.

El 8 de mayo de 1908, la erupción volcánica del monte *Pelée* destruyó la ciudad de Saint Pierre, Martinica, dejando un saldo de 3,000 muertes. Los volcanes activos e inactivos proliferan en la región, como los de Granada, San Vicente, Santa Lucía, Martinica, Montserrat, San Cristóbal y Nieves, Saba y San Eustacio, que son los que muestran la actividad más frecuente (Lara, 2000, p. 37). *La Soufrière*, en Basse-Terre, Guadalupe, tuvo una erupción freática prolongada en 1976, con una serie de 26 grandes explosiones hasta el comienzo de 1977, causando la evacuación de 7,500 personas. El evento proporcionó el marco temático para la novela de Daniel Maximin *Soufrières* (1987), que dramatiza el estado de ánimo de mucha gente en Guadalupe en espera de la erupción del volcán. El volcán de San Vicente tiene el mismo nombre que el de Guadalupe, y la versión modificada *Soufriere Hills* le da nombre al de Montserrat. Este rasgo geológico está conectado con la peculiaridad de la actividad tectónica en la placa antillana, que desde el período medio del Eoceno “generalmente se ha movido hacia el este en relación a Norte y Sudamérica, con volcanismo activo de arco que ocurre en las Antillas Menores como respuesta al sumergimiento occidental de la litosfera oceánica atlántica de la placa norteamericana” (Dolan, Mullins y Wald, 1998, p. 2). Los geólogos que estudian la región han señalado un número de acontecimientos notables, los cuales incluyen la colisión de las riberas del sureste de Bahamas con “la isla Hispaniola desde finales del Mioceno y los grandes choques de terremotos que han azotado al Caribe a través de los años” (Mullins et al., 1992, pp. 205-206). Los especialistas se han concentrado en tres zonas principales de sismicidad en el Caribe centro-norte (Dolan, Mullins y Wald, 1998, p. 39). Los geólogos también han buscado explicar cómo y por qué La Hispaniola se separó de Cuba, moviéndose hacia el este, mientras Cuba se quedó unida a la placa norteamericana, y por qué Puerto Rico se separó de La Hispaniola, consecuentemente abriendo el canal de la Mona, con el fin de arrojar luz sobre “el desmembramiento del arco de las Antillas Mayores así como la morfología actual de Cuba, Hispaniola y Puerto Rico” (p. 56).

El terremoto que el 4 de agosto de 1946 fracturó una sección de 195 kilómetros de largo en los límites de la placa que subyace a la zona noreste de La Hispaniola sólo es un ejemplo en la historia sísmica que ha aterro-

rizado a los habitantes del Caribe. Tan sólo en esta isla, la historia registra una serie de devastadores terremotos, entre los cuales se encuentran el que destruyó Santiago y La Vega en diciembre de 1562, el de 1751 que provocó estragos en Azua y dañó parte de Santo Domingo, y el de mayo de 1842 que devastó a Santiago en el lado dominicano y Cap Haitien en el lado haitiano, dejando un saldo de 5,000 muertes.

El sistema de la falla Septentrional muestra una actividad cuya fractura más reciente data de hace unos 800 años, “se extiende desde el estrecho barloventino, entre Hispaniola y Cuba, hasta la parte norte de Hispaniola y su costa este, hacia el norte de Puerto Rico” (Dolan, Mullins y Wald, 1998, p. 3). Observadores conocedores de tectónicos activos, especialmente de La Hispaniola, donde la falla Septentrional parece exceder en peligro inminente a la falla de San Andrés, en California, han incitado a las autoridades a tomar medidas de precaución frente al riesgo de un grave acontecimiento sísmico. En enero de 1999, 73 investigadores de diferentes partes del mundo se reunieron en Puerto Plata para evaluar los riesgos que presenta la falla Septentrional y, después de una semana de trabajo de campo, decidieron escribir una carta urgente al entonces presidente Leonel Fernández alertándolo sobre su gravedad (Ortiz, 2001).

Como sugieren estas observaciones sobre huracanes, volcanes y terremotos, la naturaleza se presenta en el Caribe de una manera particularmente imperiosa, dado que la morfología del medio ambiente tiene un impacto directo en el bienestar material y en la vida diaria de la gente. Para estar a salvo de los bemoles de la naturaleza, en la calma de su hogar en una zona de bajos ingresos o en una aldea rural, una familia necesita tener una casa que pueda resistir la embestida de lluvias torrenciales, vientos ciclónicos y suelos inestables. No se necesita especial perspicacia para intuir que los recursos requeridos para guarecerse de estas fuerzas tan poderosas estarían fuera del alcance de la gente económicamente desfavorecida, que constituye la mayoría de la población de los territorios caribeños.

Las víctimas de la inundación que azotó al pueblo fronterizo de Jimaní, entre República Dominicana y Haití, a tempranas horas en la mañana del 24 de mayo del 2004, vivieron su impotencia como un golpe maligno. Los cálculos hechos dos días después de la inundación indicaron un saldo de más de 860 muertos y cientos de desaparecidos. Al tercer día las autoridades dominicanas decidieron que no podían esperar a que las víctimas fueran identificadas por sus familiares, procediendo al entierro de los cuerpos ya en avanzado estado de descomposición en fosas comunes, debido al alto riesgo de salud que representaban. Algunos so-

brevivientes no tuvieron la oportunidad de identificar a sus familiares muertos y algunos otros, seguramente, desearon nunca haberlos visto. Tal es el caso de Leonardo Novas, de 28 años, quien tuvo que presenciar impasiblemente “cómo un devastador torrente de lodo arrastraba a su hermano y a su familia” (Prengaman, 2004, p. 11). Se puede, entonces, entender por qué los comentaristas sobre el Caribe, aún al tratar el tema desde la perspectiva de las Ciencias Sociales o las Humanidades en vez de las Ciencias Naturales, se ven compelidos a incorporar el ambiente físico en sus reflexiones.

Conquista y dominio

Volviendo al nombre de la región, la palabra Caribe, que hoy designa a un mar, a un conglomerado de poblaciones y a la región que las envuelve, tiene sus raíces en el lenguaje usado por Cristóbal Colón, el Almirante de la Mar Océana, en la bitácora en la que registró los detalles de su extraordinaria llegada a las tierras que para él constituyeron un “nuevo mundo”. La primera mención del término “Caribes” la hace en el registro del 26 de diciembre de 1492, en un pasaje en el que describe una conversación que tuvo con un rey aborígen con quien había trabado amistad en la isla que rebautizó con el nombre de “La Española”. Al ver que Colón y su tripulación habían pasado ciertas vicisitudes en alta mar, el rey les brindó ayuda y compasión:

Él, junto con toda la gente de su aldea, lloró mucho. Eran gente afectuosa, libres de avaricia y con buena disposición para todo. Yo certifico ante Su Alteza que no creo que haya en el mundo entero una gente o un país mejor (Colón, 1987, p. 153).

Después de haber repuesto sus energías mediante abundante comida y cordialidad, Colón y sus hombres se enteran de que los aldeanos, quienes no poseen armas ni tienen conocimiento de ellas, tienen un temido enemigo “a quien llaman los *Caribes*, quienes vienen a capturarlos y llevan arcos y flechas sin puntas de hierro”, en cuyo momento el Almirante prometió al hospitalario rey que se encargaría de “destruir a los Caribes” (p. 154).

La llegada del Almirante, apetrechado con armas dotadas de un poder de destrucción que los habitantes nativos del Caribe jamás habían visto, y la subsecuente dominación de la población aborígen, tanto la porción dócil como la aguerrida, transformó de manera radical la naturaleza de la vida en esta región. El cautiverio y el trabajo forzado se convirtieron

en plato diario para los nativos, cuyo número disminuyó rápidamente debido al efecto debilitador de la explotación extrema a la que eran sometidos. Con la población indígena diezmada y con el agotamiento del oro y las piedras preciosas que habían alimentado la codicia de los invasores, la economía mineral que los pobladores españoles habían instituido experimentó un serio declive. Entonces, dado que los conquistadores habían constatado la fertilidad de la tierra, la biodiversidad del ambiente y el valor de la mano de obra forzada que todavía sobrevivía, la agricultura vino a reemplazar a la minería. Así surgió la plantación. El cultivo de café, cacao y azúcar pronto se convirtió en la principal industria de la economía colonial, y determinó la importación de trabajadores africanos esclavizados, marcando el comienzo de una exitosa empresa esclavista que por siglos enriquecería a las potencias coloniales de Occidente mientras reducía a las naciones africanas, igual que a los pueblos aborígenes de las Américas, a un sombrío estado de indefensión.

El éxito económico del experimento colonial español, tanto en el Caribe como en las Américas del Norte y del Sur, pronto despertó el apetito empresarial de Holanda, Francia e Inglaterra, desencadenando así un período de feroz lucha interimperial entre las naciones europeas que contaban con poderío naval. Progresivamente, la hegemonía española en las tierras recientemente conquistadas se fue resquebrajando a medida que los rivales imperiales de España imponían su presencia. El Caribe se convirtió en el escenario escogido por los diferentes proyectos expansionistas de Europa para escenificar sus confrontaciones directas, las usurpaciones astutas o las alianzas de conveniencia. Para describir aquella particular situación de la región, cual arena de rencillas coloniales, el escritor y político dominicano Juan Bosch acuñó la acertada frase “frontera imperial” (Bosch, 1970). A mediados de abril de 1655 resultó fallida una invasión británica a Santo Domingo comandada por William Penn (cuyo hijo posteriormente encabezaría la colonización de Pennsylvania) y Robert Venables. La campaña formaba parte de la iniciativa conocida como “el plan occidental” (*the Western design*), llevado a cabo por Oliver Cromwell, Lord Protector de Inglaterra. En dicho plan procuraba poner en práctica las ideas de Thomas Gage, un exsacerdote dominico autor de *The English-American or A New Survey of the West Indies* (1648), libro dirigido a demostrar que las posesiones españolas del Caribe yacían indefensas. A falta de un pretexto formal para declarar la guerra a las posesiones españolas, el Lord Protector inauguró las hostilidades con un documento redactado por el poeta John Milton bajo el título “Scriptum domini protectoris contra hispanos” (Morales Padrón, 1952, pp. 318-319).

Al emprender la expedición que materializaría el “plan occidental”, los ingleses enfocaron firmemente su mirada en La Hispaniola o Cuba como blancos primarios, aunque una opinión minoritaria insistió en Trinidad o el área alrededor de la desembocadura del río Orinoco (pp. 320-321). Penn y Venables, al mando de una fuerza de cerca de 9,000 soldados, llegaron a Santo Domingo, pero la defensa ejecutada por el gobernador español Bernardino de Meneses Bracamonte y Zapata, conde de Peñalba, resultó bravía. Luego de tres semanas de sufrir bajas en combate, además de fatiga, hambre y enfermedad, los oficiales de la expedición, reunidos en un “consejo de guerra”, convinieron en desistir del intento de capturar La Hispaniola, resultado que el general Venables atribuyó, en gran medida, a las “malas acciones” y a “la cobardía de nuestros hombres” (Venables, 1900, p. 30). Al resolver retirarse de la isla, también acordaron probar suerte en otra de las posesiones españolas cercanas, es decir, Jamaica, que había albergado a Colón de 1503 a 1504, su más prolongada estadía en las Antillas (Venables, 1900, p. 31; Cundall y Pietersz, 1919, p. 1). Así comenzó la colonización británica de Jamaica, que con el tiempo se convertiría en un centro económico de este imperio. Tras expulsar de allí a los españoles y desarrollar la economía de plantación hasta su grado máximo a través del uso intensivo de mano de obra africana esclavizada, el dominio inglés de esa isla marcó una reconfiguración del balance de poder en el Caribe.

Pronto España vería disminuir sus dominios en la región, pudiendo retener únicamente a Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. Francia se apoderaría de Guadalupe, Guyana y el tercio occidental de la isla La Española conocida con el nombre de Saint Domingue. Aruba, Curazao, San Eustacio, Saba y Surinam quedarían bajo las manos imperiales de Holanda, además de una mitad de San Martín, mientras la otra era reclamada por Francia. Gran Bretaña se apoderaría del mayor número de posesiones, abarcando territorios desde las Antillas Mayores, las islas de Barlovento y Sotavento así como el Caribe continental. Divididas en distintas esferas de dominio colonial, las sociedades caribeñas, “como nuevas creaciones —artificiales y sin tradición— en tierras despobladas, fueron el experimento socio técnico más radical de la época” (Osterhammel, 1997, p. 31). El surgimiento de la plantación como la industria dominante de la región hizo estallar un notable fenómeno demográfico y convirtió al Caribe en “el centro histórico del colonialismo” desde mediados del siglo XVII hasta finales del siglo XVIII” (p. 31). Para 1700, unos 450,000 africanos cautivos habían entrado a los territorios no españoles de las Antillas. Para finales del siglo XVIII, el número de esclavos africanos que llegaron a los territorios caribeños británicos, franceses y holandeses se elevó a unos 3,300,000 (p. 31).

En el siglo XVIII, Jamaica sobresalió como la posesión más lucrativa de Inglaterra en el extranjero, de igual manera que Saint Domingue lo fuera para los franceses. Hacia finales del siglo XIX, el historiador James Anthony Froude (1888) rememoraría nostálgico aquel tiempo cuando “las colonias antillanas” se reconocieron “como joyas preciosas, por las cuales cientos de miles de vidas de ingleses habían sido sacrificadas para arrebatárselas a Francia y España. El mar Caribe fue la cuna del Imperio Naval de Gran Bretaña” (p. 9). Froude se refiere al tiempo cuando, gracias a la riqueza y el poder obtenidos por sus acciones en el Caribe, Gran Bretaña, mediante la notoria Compañía de la India Oriental (*East India Company*), redefinió con éxito su relación con la India. Los británicos en la India “no tenían planes de conquista”, limitándose a comerciar desde los puertos a través de los jefes políticos locales (el Nabob o príncipe regional bengalí). Mas, cuando en 1755 encuentran reticencia en la autoridad nativa, ya Robert Clive, el jefe de la Compañía, sentía suficiente confianza en su poderío como para declarar: “Entonces, nosotros mismos haremos de Nabobs”, anunciando una nueva política de subyugación colonial que duraría hasta mediados del siglo XX (Osterhammel, 1997, p. 32).

El Caribe, como muestran estos hechos, importa enormemente para el entendimiento del mundo moderno, resultado global de la transacción colonial. Al mismo tiempo, los procesos complejos y las intrincadas dinámicas que históricamente han operado en la formación de estas sociedades, han convertido el entendimiento del Caribe en una tarea desafiante. Dividido en varios y distintos dominios coloniales —con el mismo territorio muchas veces cambiando de amo colonial más de una vez— la región ha albergado todas las razas, religiones, culturas y deseos del planeta. La transacción colonial quebró esta parte del mundo en bloques lingüísticos, llevando a las distintas sociedades allí a mirar en dirección de diferentes metrópolis extranjeras. Lingüística y políticamente, el Caribe proviene de una historia de fragmentación. La mayoría de las sociedades en la región hoy existen como naciones independientes, pero algunos territorios continúan colonialmente atados a gobiernos extranjeros. Tampoco parece que los Estados soberanos del Caribe han tenido éxito en asegurar el bienestar material de su población hasta el punto de lograr que el ideal de independencia nacional sea particularmente atractivo para las sociedades que todavía faltan por obtener la soberanía. Una colección de ensayos sobre el “Caribe no independiente”, editado por los estudiosos puertorriqueños Aaron Gamaliel Ramos y Angel Israel Rivera (2001), proporciona un examen sustancial de este predicamento político.

La geografía cultural

El Caribe es una geografía, un área cultural diferenciada y un escenario donde la experiencia humana ha exhibido características distintivas. Geográficamente hablando, el término abarca las islas del archipiélago antillano, incluyendo a las Bermudas –tal como Lara postularía (2000, p. 24)–, los territorios continentales de Belice, Guyana, Guyana Francesa y Surinam, así como las áreas cuyas costas dan al Atlántico en países centro y suramericanos tales como Honduras, Nicaragua, Panamá, Colombia y Venezuela. Algunos de estos países continentales se vinculan a la geografía cultural del Caribe no sólo a través del nexo existente entre cada zona litoral y los eventos sociohistóricos que dieron forma a la estructura de la vida en el área, sino también mediante la movilidad de migrantes isleños al continente. La migración de mano de obra de Jamaica, Barbados y las islas del Caribe británico a principios del siglo XX, por ejemplo, explica un asentamiento étnicamente diferenciado que emergió en la provincia costarricense de Limón. Ronald D. Harpelle (2001, p. 184) ha estudiado sus orígenes, desarrollo y vicisitudes en *The West Indians of Costa Rica*. De manera similar, enfocándose en el escritor costarricense Quince Duncan, así como en los autores panameños Carlos “Cubena” Guillermo Wilson y Gerardo Maloney, el crítico literario Ian Smart ha delineado el creciente cuerpo escritural centroamericano que, aunque expresándose en lengua española, muestra lazos indiscutibles con la literatura antillana angloparlante, afinidad que evidentemente proviene de la historia de la migración isleña hacia el continente (Smart, 1984).

Colombia ilustra el caso de un país donde la textura sociocultural de su porción caribeña contrasta marcadamente con la modalidad de su centro andino. Esta última predomina no sólo en la geografía total del país, sino que por lo regular también ha suministrado los modelos culturales y sociales para la construcción del ideal nacional colombiano. El historiador Alfonso Múnera Cavadía ha examinado cabalmente el reto que supuso la diferencia sociocultural de la costa caribeña colombiana para el discurso de los patricios que en el siglo XIX se propusieron definir la nación desde el centro andino (Múnera Cavadía, 1998). El que los vínculos de Colombia con el Caribe trascienden, incluso, el propio intercambio interregional del país viene sugerido por el comercio de las regiones del Cauca y el Chocó con Jamaica y Cuba, aparte de Cartagena, como se puede extraer de la novela *María*, de Jorge Isaacs, publicada en 1867. Situada en la primera mitad del siglo XIX, la trama de esta novela clásica latinoamericana vincula a la región no costera de Colombia con el Caribe, no sólo a través de la red de plantaciones de azúcar y el tráfico de

esclavos, sino también por el nacimiento en Jamaica de María, la hermosa hija de padres judíos, cuya vida, evocada por el narrador en primera persona, forma el núcleo del texto (Isaacs, 2001, pp. 18, 165). Con respecto a los territorios colombianos que se ubican en la costa atlántica, tales como Cartagena y Barranquilla, su vida cultural y la declaración de las autoridades locales exhiben una firme autoafirmación de identidad caribeña que no conoce igual entre los discursos culturales que provienen de algunas de las islas más centrales del archipiélago antillano.

Quizá de manera más notable, el estado de Quintana Roo —en la región de la península mexicana de Yucatán— se propuso durante la administración del gobernador Joaquín Hendricks Díaz, en los inicios del siglo XXI, hacer hincapié en el carácter caribeño de la zona. Para esto organizó el concurso anual llamado Premios al Pensamiento Caribeño que buscaba “promover el conocimiento y la investigación sobre la política, economía, historia, cultura, medio ambiente y antropología” de la región, sosteniendo que, según reza en el folleto promocional, “las naciones caribeñas comparten el mismo mar, el cual en buena medida ha determinado nuestro desarrollo económico, comercial y cultural”. Declárase, además, la necesidad de que “los países que forman parte de esta región” se aboquen conjuntamente a la búsqueda de “nuevas formas de integración, con el fin de encontrar soluciones comunes a los problemas que comparten”. El concurso convocaba a participantes en seis áreas del conocimiento, otorgaba a los ganadores de cada categoría la generosa suma de \$20,000 dólares y publicaba los manuscritos ganadores en atractivas ediciones realizadas por Siglo XXI Editores. El que una iniciativa tal de autoafirmación caribeña viniera del área de Yucatán, donde la herencia maya abunda tanto en el fenotipo de la población nativa y en la arquitectura antigua como en la supervivencia de la lengua maya, quizá pueda justificarse adecuadamente señalando la afinidad ecosistémica de la península con el medio ambiente físico de las islas del golfo de México. Y tampoco es el caso que el área carezca de lazos históricos con sociedades caribeñas más centrales. Baste mencionar los miles de mayas que fueron vendidos en Cuba y otras colonias caribeñas para servir como mano de obra cautiva junto con los africanos esclavizados.

Naturalmente, estas páginas han insistido en la comprensión del Caribe como una región concretamente localizada en una geografía distintiva, pero debemos considerar también los puentes humanos que de manera interminable ensanchan la extensión de la región. Miami, una ciudad del sur de los Estados Unidos, se encuentra a sólo 90 millas de Cuba, lo suficientemente cerca como para compartir su ecología tropical. En combinación con este hecho geográfico, la dificultad en las relaciones

entre Estados Unidos y Cuba desde el triunfo de la Revolución en 1959 ha desembocado en un flujo migratorio, ocurrido en varias etapas, que ha hecho de los cubanos la presencia étnica dominante en esa ciudad. Como resultado, a principios del siglo XXI se puede hablar de Miami, más que metafóricamente, como una ciudad cubana. De forma similar, la ciudad de Nueva York alberga tantos millones de dominicanos, jamaicanos, haitianos y puertorriqueños, por ejemplo, que es concebible pensar en ella como la más grande de todas las ciudades caribeñas. Afín con las numerosas olas migratorias que la región ha sufrido desde la colonia hasta el presente, los antillanos se han asentado en varias ciudades de España, Inglaterra, Holanda, Francia y otras sociedades europeas, así como en los Estados Unidos y varios países de Latinoamérica.

Al hablar de la geografía de la experiencia caribeña, no podemos darnos el lujo de circunscribir nuestro discurso a la denotación literal del término o de limitar el alcance de nuestra expresión a la geografía estrictamente telúrica. Las innumerables huidas poblacionales que han caracterizado a la experiencia caribeña por muchos siglos han culminado en la expansión cultural y existencial del mundo de origen. Los antillanos procedentes de las colonias británicas constituyen una porción sustancial de la comunidad negra que surgió a partir de 1730 en Liverpool, donde todavía algunos habitantes negros pueden rastrear sus raíces en esa ciudad “hasta por diez generaciones” (Costello, 2001, p. 8). En otro lugar de Inglaterra, y mucho después, a saber, Londres a mediados del siglo XX, los inmigrantes del Caribe británico constituían un enclave étnico tan consciente de su diferencia cultural que Samuel Selvon pudo aventurarse a imaginarlos como un cosmos urbano aislado en *The Lonely Londoners* (1956). En resumen, una vasta y creciente diáspora ha ampliado la geografía cultural del Caribe hasta abarcar sitios claves en Europa, Estados Unidos y Latinoamérica. Para sondear al Caribe, es necesario fijar la mirada en tres espacios primarios: el insular, el continental y el diaspórico. Hoy ninguno de ellos puede faltar en un intento serio de comprender de una manera abarcadora al grupo de sociedades que nos ocupa.

De imperio y modernidad

El estudio del mundo caribeño constituye una tarea desafiante. Comprender a una región con una historia accidentada tan vasta y reacia no puede venir con facilidad. El tema incluye las distintas historias nacionales o sociales de numerosas localidades, desde Anguilla hasta las Islas Vírgenes, con episodios internos intrincados y su evidente entrelazamiento con otras sociedades de la región. Allí cada sociedad, a su vez, ha

lidiado de forma compleja con dos o más potencias coloniales occidentales. El conocer la región, necesariamente, requiere un entendimiento del impacto decisivo que esta podría haber tenido en acontecimientos que para otras partes del mundo fueron cruciales. Las colonias inglesas del Caribe, como lo indicó el historiador y político trinitense Eric Williams, desempeñaron un papel clave para facilitar la ventaja económica que permitió a Gran Bretaña encabezar la Revolución Industrial. Antes de eso, como Froude recordaría, “la corriente dorada” que fluyó de la región “a la tesorería de Madrid” había proporcionado al monarca español Felipe “los medios para llevar a cabo su guerra contra la Reforma Protestante” (1888, p. 10). Asimismo, en 1802 el imperio francés probablemente no habría tenido que vender las tierras fértiles de Louisiana al poder floreciente de los Estados Unidos, si el gobierno de Napoleón no hubiera necesitado concentrar enormes recursos militares buscando mitigar la insurrección de esclavos en Saint Domingue, al oeste de La Hispaniola. Con 40,000 soldados franceses llevados a las islas por el general Leclerc, cuñado del cónsul, la magnitud de esa invasión ultramarina tenía pocos precedentes en la historia imperial.

El caso de Saint Domingue también ilustra hasta qué punto las Antillas han afectado la textura de las relaciones entre las mismas potencias mundiales. A través de los siglos, ese mundo ha estado *rizomáticamente* entrelazado con otros mundos. Para entenderlo, hay que ocuparse de esos lazos. Por ejemplo, temprano en el siglo XVII, los holandeses se impusieron en Nueva Amsterdam, la ciudad que posteriormente sería Nueva York. Al final de ese siglo, los británicos les arrebataron el control. Los holandeses debían la solidez de su poderío al éxito empresarial de sus posesiones antillanas. Tómese la prominencia de Pieter Stuyvesant en el manejo de las empresas holandesas tanto en Norteamérica como en el Caribe. Del mismo modo, se puede ver que la fluctuación de las relaciones entre las potencias coloniales en el Caribe venía mediada por los choques, conflictos y colaboraciones que matizaban sus interacciones en Europa. Por ejemplo, el Tratado de Ryswick de 1697, firmado entre varias potencias europeas para resolver conflictos en el Viejo Continente, no mencionó a la isla La Hispaniola, pero la gente allí recurrió a los términos del acuerdo para arreglar sus propias disputas fronterizas en lo que ya para entonces se había convertido en un dominio colonial compartido; los españoles conservando Santo Domingo, en el este, y los franceses, Saint Domingue en el oeste. La división de la isla en dos colonias distintas data desde comienzos del siglo XVII, cuando comerciantes holandeses, aupados por el príncipe Maurits, desarrollaron un próspero comercio intérlope con los pobladores de Santo Domingo, para disgusto de las autoridades españolas, quienes fracasaron en los repetidos inten-

tos de frustrar el comercio de los residentes con los enemigos políticos y religiosos de España. El gobernador de la colonia recurrió, entonces, a la medida drástica de evacuar a la fuerza a la gente que vivía en el área costera del norte, incendiando sus ciudades y prohibiéndoles el regreso. En 1605, cuando España despobló el oeste de La Hispaniola, el príncipe Maurits dispuso una flota de 16 barcos para auxiliar a los residentes de las tierras afectadas a cambio de su “abjuración del Rey de España y la renuncia a su fe Católica Romana” (Klooster, 1997, p. 8).

Las naciones que dirigieron la transacción colonial permanecieron constantemente atentas a las acciones, iniciativas, éxitos y fracasos de sus competidores imperiales en el Caribe. El corsario y poeta renacentista inglés, Walter Raleigh, escribió a la Reina Isabel I en 1595, pidiéndole autorización para la conquista de Guyana e invitándola a verse en el espejo del Rey de España. El monarca español, aseveraba Raleigh, pasó de la noche a la mañana a presentarse como el más grande príncipe europeo gracias a que supo aprovechar la riqueza de esa región. Tales oportunidades, recalca Raleigh, se le presentaban ahora a Su Majestad la Reina. Los corsarios John Hawkins y su primo Francis Drake habían precedido a Raleigh en iniciar el proyecto de saquear las posesiones de los españoles y, al hacerlo, “abrieron amplias perspectivas para Inglaterra en el Caribe” (Churchill, II, 1990, p. 164). Desde la época isabelina, nos dice el memorable Winston Churchill, los ingleses:

Habían tratado de poner pie en las Indias Occidentales españolas. En 1623, de regreso de una infructífera expedición a Guyana, un caballero oriundo de Suffolk, llamado Thomas Warner, exploró una de las menos pobladas de las islas antillanas. Dejó algunos colonizadores en Saint Christopher y se apresuró a su patria para obtener una patente real con el fin de realizar una empresa más extensa. Habiéndola obtenido, regresó al Caribe, y a pesar de los ataques españoles, estableció a los ingleses en el mar en disputa. Para 1640, Barbados, Saint Christopher, Nevis, Monserrat y Antigua se encontraban en manos inglesas y miles de personas llegaron. El azúcar aseguró su prosperidad y el control español en las Indias Occidentales quedó quebrantado (1957/1990, p. 176).

Abundan ejemplos de choques y tensiones entre las naciones occidentales y su convergencia en el Caribe. Inglaterra, España y Francia tuvieron mucho que ver en los acontecimientos que culminaron en la rebelión de los esclavos de Saint Domingue y el surgimiento de Haití como una república soberana en 1804. Durante la segunda mitad del siglo XIX, Francia, Inglaterra y España compitieron con los Estados Unidos por el control de la bahía de Samaná en la República Dominicana. Holanda y Francia forcejearon con furia por la hegemonía sobre el diminuto

territorio de San Martín, acordando finalmente la división de la isla en dos mitades: Saint Maarten holandés y Saint Martin francés. El Caribe sirvió como el principal campo de batalla para la guerra Hispano-Americana de 1898 debido a que el conflicto giró en torno a Cuba y arrastró a Puerto Rico. El resultado inauguró un nuevo orden mundial que daría a los Estados Unidos un papel protagónico en el manejo de los asuntos del planeta. El convenio del 30 de octubre de 1946 para establecer la Comisión del Caribe, en la que hacían parte los gobiernos de Francia, el Reino de los Países Bajos, el Reino Unido y los Estados Unidos, fue firmado en Washington, D.C., quedando claro el liderazgo de la nación norteamericana en el acuerdo. Esta Comisión del Caribe se concibió como un cuerpo consultor y consejero para promover el bienestar de los territorios de los países asociados con los gobiernos miembros y que velara, supuestamente, por asuntos de interés común en el área. Surgió como una extensión de la Comisión del Caribe Angloamericana que se había creado anteriormente, el 9 de marzo de 1942, con el fin de mediar entre los intereses de las dos grandes potencias mundiales en una época en que la influencia de Estados Unidos había penetrado en las colonias británicas de las Indias Occidentales.

A mediados de siglo XX, cuando, por un lado, estaba la Cuba socialista apoyada por los soviéticos y, por otro, Puerto Rico como Estado Libre Asociado bajo la égida estadounidense, una vez más el Caribe ocupaba el proscenio de la historia durante el período conocido como la Guerra Fría. Se puede conjeturar que cuando el primer ministro soviético Nikita Kruschev ordenó el retiro de misiles de Cuba, en 1962, cediendo a la presión de los Estados Unidos, su acción prefiguraba la caída del Muro de Berlín, anunciando así el desplome posterior del bloque soviético y el ascenso de los Estados Unidos como el líder político de la sociedad global.

Las lenguas y culturas

Del énfasis en la interconexión del Caribe con otras naciones del planeta se desprende que explorar la región, hasta cierto punto, también significa explorar las otras partes del mundo con las cuales ella está relacionada geopolíticamente. He ahí una dificultad notable en la tarea de conocer el mundo caribeño. El reto se hace menos manejable en vista de las múltiples lenguas que allí se hablan. Idiomas indígenas sobreviven en Belice, donde una parte de la población habla maya o yucateco; otra parte habla quekchí, también de la familia maya; y otra parte habla caribe negro, un idioma de la familia arahuaca. El maya y el caribe negro siguen vivos en Guatemala, y el maya cuenta con cerca de un millón de

hablantes en la península de Yucatán, en México. Según el cálculo proveído por Kenneth Katzner, se estima que unos 100,000 nativos de la península de La Guajira, en la costa caribeña de Colombia, hablan *wayúu*, un idioma de la familia arahuaca. Alrededor de 75,000 nativos hablan caribe negro, mientras que más de 150,000 hablan *miskito* en Honduras y Nicaragua y unos 200,000 hablan guaimí y guna en Panamá. Caribe, *wayúu*, *warao* y *piaroa* sobreviven con casi 150,000 hablantes en Venezuela (Katzner, 2002, pp. 339-368). Pequeñas comunidades de hablantes de caribe y arahuaco prosperan en Surinam. La lengua arahuaca y la cultura aborigen de los nativos de Guyana han marcado la cosmovisión del novelista Wilson Harris, oriundo de este país y una de las pocas figuras literarias destacadas del Caribe que se ha nutrido abiertamente del habla y el pensamiento de la población indígena.

La población del Caribe también habla los idiomas de los países europeos que controlaron distintas partes de la región durante la época colonial, es decir, el español, el holandés, el francés y el inglés. El legado lingüístico de los suecos, a quienes perteneció Saint Bartholomew, de 1784 a 1878, y el de los daneses, que controlaron Saint Thomas, Saint John y Saint Croix hasta el 12 de diciembre de 1916, cuando cambiaron de dueño al convertirse en las Islas Vírgenes de los Estados Unidos, parece haber dejado un rastro menos perceptible. Otras particularidades las ofrecen países como Belice, donde coexiste una minoría de habla española con una mayoría que habla inglés, que es el idioma oficial; Honduras, un país de habla española, que alberga una comunidad anglófona en las Islas de la Bahía de la costa caribeña, y Puerto Rico, donde la gente complementa el español, su idioma materno, con el inglés, que se emplea en la instrucción oficial como segundo idioma. Todos ellos brindan un cuadro lingüístico expresivo de una historia escalonada de dominio colonial. También se deduce igual legado de alternancia colonial en la conformación de algunas de las lenguas criollas (creoles) de las Antillas que, según estimaciones del lingüista Pieter Muysken (2001, p. 399), sobrepasan el número de cincuenta. Típicamente un idioma criollo antillano revela una base predominante de la lengua traída por la nación europea que ejerció mayor hegemonía política en la localidad correspondiente a determinada sociedad. Por ejemplo, la gente en Barbados habla una lengua criolla conocida por el nombre de *bajan*, que se basa en el inglés, mientras que en la Guyana Francesa se habla un idioma criollo basado en el francés. Pero el papiamentu, que es el idioma criollo de las Antillas Holandesas, se deriva más del español que del holandés, el idioma oficial de las islas. Asimismo, los dos idiomas criollos de Surinam, *sranan tongo* o *taki-taki*, hablado por la mayoría de la población, y el *saramacan* hablado por los negros *bush* del interior, se basan en el inglés más que

en el holandés, siendo este último el idioma oficial del país. La población de Dominica oficialmente habla inglés, pero en el habla cotidiana la gente cambia a un idioma criollo basado en el francés, y lo mismo sucede en San Vicente y en comunidades diferenciadas de Trinidad y Tobago (Katzner, 2002, pp. 339-68).

Además de los idiomas aborígenes, europeos y criollos hablados en la región, tenemos que hacer una referencia significativa a los hablantes del hindi y del tamil de Guyana, Trinidad y Tobago y Surinam. Este último, por su parte, cuenta también con una pequeña población de aproximadamente 50,000 hablantes de javanés. Estas comunidades descenden de la gente que llegó de la India para laborar en las plantaciones caribeñas como trabajadores contratados (*indentured laborers*) después de 1838, cuando se produjo la abolición de la esclavitud en las Antillas Británicas. En vista del control británico de la India para la fecha, unos 416,000 indios llegaron a Guyana, Trinidad, Jamaica, Santa Lucía, Granada, San Vicente y Saint Kitts entre 1844 y 1917 (Claypole y Rabottom, 1989, p. 24). Por esa misma época arribaron a Cuba 142,000 trabajadores contratados chinos. De igual modo, cientos de portugueses oriundos de la isla de Madeira, trabajadores en plantaciones de caña de azúcar, se asentaron en Guyana y Trinidad. Allí convivieron también con una pequeña presencia china que había existido desde 1807. En general, estos inmigrantes contratados conservaron sus idiomas ancestrales por generaciones (Claypole y Rabottom, 1989, pp. 20, 40). Hoy en día, como resultado de la presencia de numerosas poblaciones que llegaron a la región, procedentes de diferentes partes del mundo, el Caribe muestra un tapiz verbal de rica, variada y compleja composición. Mientras que el inglés es tan importante como en el resto del mundo (como idioma internacional de negocios, política, diplomacia, computación, internet, y en una palabra, “el idioma de la globalización”), un solo idioma no proporcionará los medios necesarios para adquirir un conocimiento apropiado de la textura de la vida del Caribe (*The Economist*, 2001, p. 65).

Exceptuando a los escritores de los países hispanohablantes de las Antillas Mayores, donde formalmente no surgieron idiomas criollos con autonomía morfológica distintiva, los escritores caribeños en muchos casos tienen la opción de escoger el idioma en el que escribirán sus obras. Los intentos de usar el idioma criollo haitiano a niveles literarios e intelectuales preceden la fundación de la República en 1804, y, más de cien años después, figuras fundacionales de las letras haitianas tales como Oswald Durand y Georges Sylvain siguieron comprometidos con explorar la expresividad del idioma del pueblo (Bajeux, 1999, p. iii). Los escritores haitianos más importantes del siglo XX, como Felix Moris-

seau-Leroy, autor de una vasta obra en criollo, que empieza con el folleto de poesía *Dyakout* (1951), y Frankétienne, autor de la novela *Dezafi* (1975), originalmente escrita en criollo y, posteriormente, publicada en francés con el título de *Les Affres d'un défi* (1979), han producido un impresionante conjunto de escritos en la lengua vernácula del país. La muy útil antología *Mosochwazi Pawòl Ki Ekri An Kreyól Ayisyen / Anthologie de la littérature créole haïtienne* (1999), recopilada por Jean-Claude Bajeux, da un conveniente vistazo a la longevidad de la escritura en criollo haitiano. Vale mencionar también *Open Gate: An Anthology of Haitian Creole Poetry* (2001), una colección de poesía criolla con traducciones al inglés, editada por el poeta haitiano Paul Laraque y el poeta y traductor norteamericano Jack Hirschman. Traducidos por Hirschman y por la innovadora poeta haitiana Boadiba, quien reside en San Francisco, California, los textos allí recopilados datan de la época de los pioneros hasta poetas nacidos a mediados de 1970, ilustrando así la vitalidad de la lengua vernácula. Las carreras literarias de los autores curazoleños Diana Lebacs y Frank Martinus Arion, quienes a lo largo de sus vidas productivas han alternado entre el papiamento y el holandés, ejemplifican el escenario lingüístico de los territorios del Caribe que han estado colonialmente relacionados con Holanda. Una útil compilación de textos criollos del siglo XVIII en Surinam, preparada por Jacques Arends y Matthias Perl (1995), proporciona un vistazo privilegiado a la evolución de *sranan* y *saramacan*. El Caribe anglófono ha producido toda una rama de literatura que por largo tiempo viene hablando la lengua criolla. Se inscriben en esta línea escritores de la importancia de la venerable poeta Louise Bennett y el célebre Linton Kwesi Johnson, quienes han escrito la totalidad de sus obras en criollo jamaicano.

Conocer la manera de pensar de un área cultural multilingüe requiere habilidades políglotas. No obstante, estudiantes del Caribe, incluyendo a algunos que han logrado prestigio académico, muy a menudo se satisfacen con el conocimiento de solo un sistema lingüístico aún para especular globalmente sobre la región. Incluso obras reconocidas en la esfera de la literatura y el pensamiento caribeños, como *Discours antillais* (1981), de Edouard Glissant, y *La isla que se repite* (1989), de Antonio Benítez-Rojo, representan una vista a la historia cultural de la región a partir de datos provenientes del conocimiento que cada autor tiene de su propio sistema francófono o hispanohablante, respectivamente. La cuestión del idioma exige seria atención debido a que contribuye a preservar la fragmentación histórica de la región con más eficacia que cualquier otro factor. Algunas veces, hasta el estudio de un solo país como, por ejemplo, Surinam, que alberga grupos étnicos y muchas religiones, puede presentar dificultad si se domina un idioma solamente. La nove-

lista, poetisa y dramaturga Astrid Roemer ha señalado la importancia de *Winti*, una “religión afro-surinamesa” que ella prefiere llamar “una estrategia de supervivencia, con un valor militante político-revolucionario”, pero al rastrear ese “aliento/fuerza espiritual” hasta el interior del país, “donde viven los llamados negros bush”, al mismo tiempo ella parecería identificarla con un escenario que no se vale del holandés como medio de comunicación verbal (Roemer, 1996, pp. 42-43). De la misma manera, probablemente la cosmología del vodú se exprese en criollo haitiano más eficazmente que en francés, y lo mismo sucede con la relación entre *kumina* u *obeah* y el habla criolla jamaicana. Saber únicamente uno de los idiomas de una sociedad bilingüe o multilingüe, implica tener el acceso al conocimiento de la realidad nacional parcialmente bloqueada. En ese sentido, el lenguaje representa la frontera máxima. Cuando se trata de mediar la armonía entre las sociedades caribeñas, la diferencia lingüística, más que cualquier otro obstáculo, tiene el poder de animar y preservar la otredad de los vecinos, impidiendo la identificación armoniosa que de otra manera podría darse naturalmente. El idioma, hasta cierto punto, ha mantenido abierta la herida telúrica que separa el territorio de los haitianos del de los dominicanos en la isla La Hispaniola que ambos comparten. Probablemente, la lengua también ha conferido vitalidad y profundidad a la frontera que separa a la pequeña isla de San Martín, dividiendo a sus 30.000 habitantes en dos regiones diferentes, la holandesa, en un lado, y la francesa, en el otro.

La conciencia del reto que presenta la lengua en el estudio del Caribe debe incluir el reconocimiento de la criollidad que subyace en el habla antillana, aun cuando los vocablos empleados coincidan morfológicamente con la apariencia familiar de la palabra occidental traída a la región desde España, Holanda, Inglaterra o Francia. La obra de ficción de Luis Rafael Sánchez y Ana Lydia Vega se presta convenientemente a una exploración de la expresividad distintiva que el idioma español adquiere en los labios de los puertorriqueños. En un conocido estudio sobre los escritos de Sánchez, el crítico Efraín Barradas ahonda de forma experta en la cuestión de la nativización del idioma español (1981). La celebrada novela experimental del cubano Guillermo Cabrera Infante, *Tres tristes tigres* (1967), y la galardonada obra del novelista dominicano Pedro Vergés, *Solo cenizas hallarás*, dramatizan el peculiar sentido y sonido con que cubanos y dominicanos han dotado la lengua que les fue traída desde Castilla. Los escritores de las Antillas españolas sacan amplio partido de su “ambiente dialectal”, habiendo aprendido a reconocer la lengua “hablada en las calles” como “legado cultural” al que se le puede dar uso para evocar “un mundo antillano auténtico” (López Morales, 1994, p. 21). Un análisis de la diversidad lingüística de la población del Caribe debe,

por tanto, tomar en cuenta, además de las múltiples lenguas habladas en la región, el acervo diferencial contenido en cada palabra del habla europea formal, sutilmente transformada por la creolización de sus resortes expresivos a lo largo de cinco siglos de una intensa experiencia humana en esta específica parte del mundo.

Conocer el Caribe

A los estudiosos del Caribe les corresponde comenzar por reconocer la complejidad de su tema de estudio. Deben abordar su labor investigativa con una actitud de humildad, dado el intimidante desafío que representa la tarea de conocer el mundo caribeño. Como ilustración de la magnitud de la empresa, baste mencionar dos innovadores instrumentos académicos que han sido propuestos para organizar el estado del conocimiento acerca del Caribe en los campos de la literatura y de la historia. El primero, *A History of Literature in the Caribbean (Una historia de la literatura en el Caribe)*, un compendio de tres volúmenes compilado por A. James Arnold, tomó quince años para completarse, comenzando con un primer coloquio editorial en la Universidad de Virginia, en 1986, hasta la publicación del último de los volúmenes bajo la casa editora John Benjamins Publishing, en 2001. Una hazaña académica sin precedentes, esta esmerada colección de estudios reúne las destrezas de especialistas en todas las formas literarias practicadas en la región, todas las lenguas incluidas. El proyecto no se habría consolidado sin la perseverancia, erudición y liderazgo académico de Arnold y su equipo de subeditores (Arnold, 2001). El otro instrumento académico, que contó con el patrocinio de la UNESCO, es igualmente ambicioso en su alcance, se trata de la *General History of the Caribbean (6 volúmenes)*. *Historia general del Caribe* comenzó a publicarse en 1997 y su último volumen, el cuarto, publicado fuera del orden numérico, apareció en el 2011, según consta en WorldCat.org. Con un tiempo de elaboración de décadas —desde la planificación hasta la publicación— esta obra contó con la pericia de varios equipos de historiadores bajo la tutela del Comité de Asesoramiento Científico de la UNESCO. Cada volumen fue compilado por un líder especialista en el período o tema cubierto y el conjunto constituye la historia de la región más exhaustiva jamás publicada. Una mirada a estas dos extraordinarias compilaciones del conocimiento acerca del Caribe, aparte de subrayar la vastedad intelectual de cualquier proyecto que seriamente se proponga conocer la región, pone de manifiesto el hecho de que la experiencia humana en esta parte particular del globo no admite simplificaciones.

Podemos estructurar los eventos que las sociedades caribeñas han vivido desde la transacción colonial hasta el presente sin presentarlos como una historia de triunfos ni de derrotas. La experiencia caribeña se resiste a ser tratada como una narrativa lineal. Parecería más aconsejable abordar este tema mediante el énfasis en la supervivencia y adaptabilidad de la persona antillana, en la manera como ha surgido de los altibajos de una historia de gloria, decepción, esperanza, traición y alegría desde 1492, cuando unos invasores fuertemente armados vinieron en sus barcos a desbarrigar hombres y estuprar mujeres indígenas, quemar templos religiosos y, en general, a pisotear la dignidad humana de la población nativa. Las utopías políticas y credos de igualdad, justicia y transformación social han dejado incumplidas sus promesas, por lo que en los comienzos del siglo XXI las posiciones que vislumbran un mundo mejor son frecuentemente recibidas con escepticismo, desdén o incredulidad. El Caribe, claro está, no escapa a la generalizada crisis de la fe política y, aunque la región brindó al mundo algunos de los primeros ejemplos de lucha por la libertad y los derechos humanos, los proyectos y discursos libertarios parecen despertar aquí cada vez menos entusiasmo en la medida en que la vida de la gente parece girar, principalmente, en torno a la búsqueda de la supervivencia material en economías dependientes que no le ofrecen a la persona antillana garantía social alguna. En vista de este trasfondo, parece apropiado profundizar en las formas cómo se han desenvuelto aquí la existencia humana para entender el ímpetu recurrente de la persona antillana por afirmarse a sí misma, particularmente en el ámbito de las ideas, que es lo que ocupa a estas páginas.

En una época en la cual la ley de la selva parece dominar la lógica del roce entre las naciones, la mente caribeña puede albergar lecciones útiles para compartir con el resto de la humanidad. La familiaridad del caribeño con la diversidad, hibridación, pluralismo etnoracial y diferencia cultural, en tanto que ingredientes connaturales de la manera como se han desarrollado las relaciones humanas en la región, puede tener algo que decir a un mundo seducido y abusado por el poder de fuerzas homogeneizadoras. La persona antillana está segura de algo tras haberlo aprendido a las malas: no hay sólo un modelo de humanidad y que, incluso en caso de que el modelo unificador se impusiera, nunca podrá hacerlo sin dejar un rastro de sangre y un alto saldo de sufrimiento humano. La normativa de lo idéntico sólo puede enseñorearse a través de una incalculable dosis de violencia. Carecemos de razones concretas para asumir que los eventos que dieron forma a las sociedades del Caribe tenían que ocurrir, o acaso que tuvieron que ocurrir exactamente tal como ocurrieron. David McCullough, el conocido narrador del pasado estadounidense, diría que “en historia no hay nada inevitable”; no

obstante, la firmeza con que en nuestras mentes se instalan “las consecuencias de los grandes eventos” nos dan la impresión de que las cosas no podían haber pasado de otra manera (1992, p. 214). En el prefacio a una colección de ensayos históricos evocadores de distintos momentos e individuos en el pasado de los Estados Unidos, McCullough da esta útil explicación:

Las cosas no tuvieron que pasar cómo lo hicieron. La vida en otros momentos nunca estuvo en un riel, por lo menos no en mayor medida de lo que lo está ahora o lo estará en el futuro. El pasado, después de todo, es sólo otro nombre para el presente de otras personas. ¿Cómo irían a resultar las cosas? No tenían ellos una mejor idea que la que ahora nosotros tenemos acerca de cómo resultarán para nosotros (1992, p. xiv).

Es concebible que los europeos no hubiesen llegado a las costas antillanas en el momento en que lo hicieron, o quizá habrían podido viajar hasta allá como viajeros interesados en el comercio y el intercambio cultural, más que en el saqueo y la dominación. Podrían haberse sentido inclinados a apreciar la humanidad de los aborígenes en la manera en que el veneciano Marco Polo —alrededor de dos siglos antes del fatídico viaje de Colón— tuvo curiosidad y ansias de aprender acerca de los pueblos que visitó en China, tal como ocurrió cuando se encontró a los tártaros, acerca de quienes aprendió que creían en “una deidad cuya naturaleza es Sublime y Celestial” y entre los cuales los ricos “vestían con telas y oro y sedas, con pieles de cabellina, armiño y otros animales, todo en la manera más rica” (Polo, 1930, p. 92). De la misma manera, la plantación pudo no haber surgido de la manera en que lo hizo, como una suerte de boa constrictora que, en su voraz apetito por la acumulación de riquezas, se tragó la humanidad de poblaciones enteras. Se podría especular que, si la plantación antillana no se hubiera convertido en una gran industria que creaba una demanda exorbitante de mano de obra, no habría ocurrido el despoblamiento ni el empobrecimiento de África por medio de la esclavización masiva y la exportación de su población. El impacto de la producción de azúcar (introducida por los árabes al conquistar la cuenca del Mediterráneo [Sicilia, Chipre, Malta, Rodas, el Zagreb y España] comenzando en el 711 y extendiéndose hasta 996) había desencadenado una dinámica menos traumática allí. Aunque la plantación de azúcar causara estragos en las vidas de los nativos de las islas atlánticas de España y Portugal (Madeira, Canarias y São Tome) a partir de 1450 y en adelante, no fue sino hasta que llegó al Caribe cuando se convirtió en una fuerza carburadora de guerras mundiales, movilizadora de millones de personas a través de vastos océanos, reconfigurándose el balance de poder en el planeta (Mintz, 1986, pp. 23-24). Sin duda, las cosas pudieron

haber ocurrido de otra manera. Pero no lo hicieron. Tenemos ante nosotros una historia de catástrofes, de supervivencia, de contradicciones y de resistencia y nada podemos hacer para borrar el hecho irremediable de que toda la belleza, la sabiduría, la fealdad, la tristeza y la alegría de la vida del Caribe y de los rasgos culturales distintivos de la persona antillana —aquello que la hace única en tanto que miembro de la familia humana— fue fundido en el crisol de esa historia.

Referencias bibliográficas

Arends, J., y Perl, M. (Eds.) (1995). *Early Suriname Creole Texts: A Collection of 18th-Century Sranan and Saramaccan Documents*. Frankfurt am Main: Vervuert Verlag.

Arnold, A. J. (Ed.). (2001). *A History of Literature in the Caribbean*. Vol. 2: English and Dutch-speaking Regions. Amsterdam and Philadelphia: John Benjamins Company.

Ascencio, M. (1990). *Lecturas antillanas*. El Libro Menor No. 166. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

Bajeux, J.C. (Ed.). (1999). *Mosochwazi Pawòl Ki Ekri An Kreyòl Ayisyen/Anthologie de la littérature créole haïtienne*. Port-au-Prince: Editions Antilia.

Barradas, E. (1981). *Para leer en puertorriqueño*. Río Piedras: Editorial Cultural.

Bosch, J. (1970). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe, frontera imperial*. Madrid: Ediciones Alfaguara.

Christie, A. (1964). *A Caribbean Mystery*. New York: Dodd Mead.

Churchill, W. (1990). *A History of the English-Speaking Peoples*. Vol II. New York: Dorset Press. 4 vols. Reimpresión de la edición de 1957.

Claypole, W., y Robottom, J. (1989). *Caribbean Story*. New Edition. 2 Vols. Essex: Longman Group.

Colón, C. (1987). *The Log of Christopher Columbus*. Fuson, Robert H. (Trans.). Camden, Maine: International Marine.

Costello, R. (2001). *Black Liverpool: The Early History of Britain's Oldest Black Community 1730-1918*. Liverpool: Picton Press.

Cundall, F., y Pietersz, J. (1919). *Jamaica under the Spaniards*. Kingston: Institute of Jamaica.

Devèze, M. (1977). *Antilles, Guyanes, La Mer des caraïbes de 1492 à 1789*. Paris: Société D'Édition D'Enseignement Supérieur.

Dolan, J. F., Mullins, H. T., y Wald, D. J. (1998). *Active Tectonics of the North-Central Caribbean: Oblique Collision, Strain Partitioning, and Opposing Subducted Slabs. Active Strike-Slip and Collisional Tectonics of the Northern Caribbean Plate Boundary Zone. Special Paper 326*. Boulder: Geographical Society of America.

Froude, J. A. (1888). *The English in the West Indies or the Bow of Ulysses*. London: Longmans, Green, and Co.

Harpelle, R. (2001). *The West Indians of Costa Rica*. Montreal and Kingston: McGill/Queen's University Press and Ian Randle Publishers.

Isaccs, J. (2001). *María*. Bogotá: Editorial Sol 90.

Katzner, K. (2002). *The Languages of the World*. 3rd. ed. London and New York: Routledge.

Klooster, W. (1997). *The Dutch in the Americas: 1600-1800*. Providence, Rhode Island: The John Carter Library.

Lara, O. D. (2000). *Breve historia del Caribe*. Wilma Moreno de Rosentul y Víctor Hugo Yáñez (trad.). El Libro Menor 223. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

Laraque, P., y Hirschman, J. (Eds.). (2001). *Open Gate: An Anthology of Haitian Creole Poetry*. J. Hirschman y Boadiba (Trans.). Willimantic, C.T.: Curbstone Press.

López Morales, H. (1994). The History of Literary Language. En A. J. Arnold, (Ed.). *A History of Literature in the Caribbean*. (Vol. 1, pp. 9-23). Amsterdam and Philadelphia: John Benjamins Publishing Co.

Mayor, F. (2003). Foreword. En J. Sued-Badillo, (Ed.). *General History of the Caribbean* (Vol. 1, pp. iii-vi). Paris, London and Oxford: UNESCO/Macmillan Publishers.

McCullough, D. (1992). *Brave Companions: Portraits in History*. New York: Simon and Schuster.

Mintz, S. (1986). *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*. New York: Penguin Books.

Morales Padrón, F. (1952). *Jamaica española*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.

Mullins, H T., et al. (1992). Carbonate Platforms along the Southeast Bahamas-Hispaniola Collision Zone. *Marine Geology* (105), 169-209.

Múnera Cavadía, A. (1998). *El fracaso de la nación: Región, clase y raza en el Caribe Colombiano (1717-1810)*. Bogotá: Banco de la República/ El Áncora Editores.

Muysken, P (2001). The Creole Languages of the Caribbean. En A. J. Arnold (Ed.). *A History of Literature in the Caribbean* (Vol. 2, pp. 399-414): English- and Dutch-Speaking Region. Amsterdam & Philadelphia: John Benjamins Company.

Ortiz, M. (10 de abril, 2001). El país no tiene respuestas para un gran terremoto. Recuperado de www.elcaribe.com.do. Consultado 15 agosto 2005.

Osterhammel, J. (1997). *Colonialism: A Theoretical Overview*. S.L. Frisch (Trans.). Princeton, New Jersey, and Kingston, Jamaica: Markus Wiener Publishers/ Ian Randle Publishers.

Polo, M. (1930). *The Travels of Marco Polo {The Venetian}*. M. Komroff. (Ed.). Garden City, New York: Garden City Publishing Co.

Prengaman, P. (27 de mayo, 2004). Toll in Island Flooding Rises to More than 860. *Washington Post*, p. A 11.

Ramos, A.G. y Rivera, Á. I. (Eds.). (2001). *Islands at the Crossroads: Politics in the Non-Independent Caribbean*. Kingston and Boulder: Ian Randle Publishers/ Lynne Rienner Publishers.

Roemer, A. (1996). Writing Back in the Diaspora: Surinamese Ethnic Novels. En I. Phaf (Ed.). *Presencia criolla en el Caribe y América Latina/ Creole Presence in the Caribbean and Latin America* (pp. 37-43). Frankfurt am Main y Madrid: Vervuert/Iberoamericana.

Sanderson, I. T. (1965). *Caribbean Treasure*. New York: Pyramid Books.

Selvon, S. (1985). *The Lonely Londoners*. Essex: Longman Group. Edición original 1956.

Serbin, A. (1990). *Caribbean Geopolitics: Toward Security Through Peace?* Sabeth Ramírez (Trans.). Boulder and London: Lynne Rienner Publishers.

Smart, I. (1984). *Central American Writers of West Indian Origin: A New Hispanic Literature*. Washington, D.C.: Three Continents Press.

The Economist (22 de diciembre, 2001). The Triumph of English: A World Empire by Other Means. *The Economist*, pp. 65-67.

Venables, R. (1900). *The Narrative of General Venables* (with an Appendix of Papers Relating to the Expedition to the West Indies and the Conquest of Jamaica, 1654-1655). C. H. Firth. (Ed.). The Royal Historical Society. London, New York, and Bombay: Longman, Green and Co.

Watlington, F. (2003). The Physical Environment: Biogeographical Teleconnections in Caribbean Prehistory. En Sued-Badillo. (Ed.). *General History of the Caribbean*, (Vol. 1??, pp. 30-92) Paris, London y Oxford: UNESCO/ Macmillan Publishers.